

Elogio de lo cotidiano

Carlos del Amor

Lo cotidiano. Podría poner ya punto final a este texto sobre la figura de Mayor Maestre y creo que reflejaría muy bien lo que siento al encontrarme con su obra. Reflejar lo cotidiano es, casi con seguridad, una de las mayores complicaciones para un artista porque en lo cotidiano sucede todo, sucede la vida, suceden las vidas, las pasadas, las presentes y las que llegarán; en lo cotidiano están las mayores ficciones, las mayores mentiras y claro, las más grandes verdades. En lo cotidiano estamos todos. Mayor se asoma con increíble naturalidad a esa ventana abierta a la que solo unos pocos saben dar la importancia necesaria, quizás porque ya se asomaba siendo un crío y hacia en el autobús el trayecto desde el extrarradio al centro de Madrid y ante él se abría un mundo cambiante cada poco metros, lleno de unos contrastes que comenzaron a habitar o dibujarse en su cabeza. Ese asombro iniciático es el germen de todo lo que vendría después porque en la rutina de un viaje en bus está el universo entero. Antes de continuar permítanme ejercer una férrea defensa de la cotidianidad y sus aledaños, llámese rutina o llámese como se quiera, porque es en esa rutina donde todo nos pasa. George Perec escribe en *Lo infraordinario* (2008): *Lo que realmente ocurre, lo que vivimos, lo demás, todo lo demás, ¿Dónde está? Lo que ocurre cada día y vuelve cada día, lo trivial, lo cotidiano, lo evidente, lo común, lo ordinario, lo infraordinario, el ruido de fondo, lo habitual, ¿Cómo dar cuenta de ello, cómo interrogarlo, cómo describirlo?*. He ahí el reto.

Yo no conocí al joven de la periferia, ni siquiera conocí al primer Mayor Maestre. Mi encuentro con él fue circunstancial, en alguna feria y probablemente mi cara delante de una de sus obras debió parecerse a la suya en aquel autobús. Miraba y miraba sus cuadros descubriendo en cada paso un detalle nuevo, una sorpresa, una inquietud. Quién pintaba ese mundo tan real pero a la vez tan abstracto, tan familiar y sin embargo tan inquietante. Quién era el tipo que dejaba ver las costuras de sus lienzos sin miedo a mostrarse tal cual es.

Si visitan una de sus exposiciones, también sirve adentrarse en este catálogo aunque no es lo mismo, comprobarán que las obras no se acaban nunca, tienen una tendencia al infinito, a la mirada infinita, a la posibilidad de volver a ellas y observar algo nuevo que había pasado desapercibido en una primera aproximación. Ese arte es, al menos para mí, tremadamente adictivo porque nos reta continuamente y nos pone a prueba. “Eso no estaba ahí antes” he llegado a comentar al levantar los ojos hacia obras ya vistas. Es, de nuevo, lo cotidiano, uno de los mayores trampantojos de la historia.

Yo he tenido la suerte de poder visitar su taller y es ahí, si me equivoco que me corrija estas palabras, donde más feliz es, y donde paradójicamente peor lo pasa. Cuando se bate en duelo con el soporte, convertido en territorio virgen, inexplorado en el que todo puede pasar y todo está por hacer. En la elección del color, del tamaño, del motivo, en esperar el flashazo de aquella niñez y sus viajes que tarde o temprano tomarán el mando de sus pinceles. En la furia de la pintura y en su propia furia abriéndose paso entre la materia, dejando un rastro del proceso, como miguitas de pan, que nos invita a seguir si nos apetece. Es probable que su primera pincelada sea visible cuando la batalla acabe y haya ganado el duelo. Lo de ganar no siempre sucede porque le he vis-

to dudar y no estar satisfecho con lo que para el común de los mortales serían sonoras victorias, le he escuchado decir que iba a desechar algo para mi magnífico. Mayor es tremadamente exigente, creo que demasiado; en la distancia advierto sufrimiento en cada tarea que comienza, siempre temiendo no ganar ese duelo, siempre elevando el listón. No busca atajos, tan comunes en este mundo, en este mundillo. es enemigo de las prisas, de lo efímero, de lo llevadero y de las modas, algo que va en contra de las leyes de un mercado en el que prima la inmediatez, el “lo necesito para ya”, y en el que hay “aficionados” que desean un cuadro de un determinado color porque le conjuntan con el salón. Nada va con su forma de trabajar. Él y su perro Limón, ayudante primero en las horas de dudas y silencio, no escuchan cantos de sirena porque significarían traicionar su filosofía, su manera de entender este negocio, el arte es un negocio, claro que sí, pero hay diferentes maneras de encararlo y eso lo entiende a la perfección su galerista, Aurora, siempre allanando el camino.

En ese sufrimiento del que hablaba, en ese inconformismo y en ese situarse en la periferia de lo establecido, está otro de sus secretos. Si ustedes pueden ver estos trabajos es porque rozan la excelencia, en caso contrario descansarían en el taller esperando su oportunidad, esperando encontrar su camino. No quiero imaginar, ni quiero preguntarle siquiera, lo que habrá supuesto realizar esa obra de 190x300, “la revolución será de pago” (qué bien titula por cierto) la más grande que ha hecho nunca, la de horas y horas que habrá retrocedido esos pasos atrás, siempre necesarios para admirar cualquier cosa, le intuyo frunciendo el ceño de vez en cuando, dando vueltas y vueltas hasta dar con la clave, con el punto adecuado. Hasta volver a asomarse a la ventana del autobús, a la ventana de lo cotidiano.

PD: Hace no mucho tiempo observando una obra de Mayor Maestre volqué mis pensamientos, sin pensarla, salieron estas líneas que publiqué en Instagram:

“Hoy me he cruzado con uno de los edificios de Mayor Maestre. El sol empezaba a asomarse en alguno de los pisos, en su interior se desperezaban decenas de vidas. Me gusta observar las capas de pintura pasadas que se abren paso en el lienzo. Cicatrices que permanecen en el resultado final, quizá como metáfora de la propia existencia”